

Leónida 21 de Septiembre 1891

DISCURSO

pronunciado

SOBRE LAS REGLAS DE CRITICA,

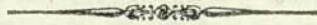
por

D. Juan Alvarez de Sotomayor,

EN ACTO PUBLICO

EL 30 DE ABRIL DE 1859,

en esta Universidad Literaria de Granada.



C
001
090
(18)

ADVERTENCIA.

Consiguientemente el Sr. Rector de la Universidad literaria de Granada, y los Catedráticos de la misma, en resultado de los actos públicos que tanto lustro dieron en el anterior año en la casa general de estudios; ha brindado a par de la aplicación y noble estímulo de los alumnos, y habiéndose hecho general ostentación de las asignaturas, el Catedrático de tercer año de Instituciones filosóficas, D. Mariano Martínez de Robledo, para dar a conocer en el presente año académico las disposiciones de la juventud que se halla a su cargo, ha nombrado para este efecto a los señores D. Juan Alvarez de Sotomayor, y D. Juan Carrasco, D. Francisco de Paula y Serrano. El desembarazo y claridad de las primeras fueron agitados ante una comisión de profesores, lo imponente las cuestiones mas en las que se ocuparon, lo ménos de excitar la admiración de los padres, y de fomentar las esperanzas de los hijos.

Las bellas letras, como las bellas artes, debieron su origen al deseo natural de los hombres de genio de captarse el aprecio de sus semejantes, llamándoles la atención con la novedad, y escitando su placer con las descripciones animadas de las perspectivas de la naturaleza.

Es indudable que las chozas precedieron á los edificios, y que una simple cabaña dió abrigo al hombre ántes que éste pudiese lograr las conveniencias de una mansion bien dispuesta y distribuida. Edificios de humilde arquitectura antecedieron á los templos magníficos; y una y otra observacion sobre la comodidad y buenas proporciones, sobre la oportunidad y elegancia de los adornos, dieron margen á las reglas que ya en el siglo de Pericles elevaron este arte á un punto admirable.

Debió del propio modo preceder, con la formacion del lenguaje, la relacion desaliñada y sucinta de algunos hechos ú objetos, á las historias y á las sublimes descripciones, ya de acontecimientos positivos, ya de bellezas fantásticas é ideales. Pero desde el instante en que empezaron los hombres á estudiar los tesoros de la naturaleza, aparecieron genios dotados de una imaginacion de fuego y de un espíritu creador, los cuales, produciendo siempre nuevas y preciosas obras, que han sido el encanto de las generaciones siguientes, han dado ocasion á estas para que mediten sobre las causas del placer que experimentamos con unos objetos, y del de sagrado que otros nos ocasionan.

La facultad de experimentar estas sensaciones es lo que en literatura se entiende por *gusto*; bien así como á las reglas generales, deducidas de las particulares observaciones que sirven para distinguir las verdaderas bellezas de los defectos de una obra, llama-

ADVERTENCIA.

Consecuentes el digno Sr. Rector de la Universidad literaria de Granada, y los ilustrados Catedráticos de la misma, en producir en este año escolástico los actos públicos que tanto lustre dieron en el anterior á esta casa general de estudios; ha brillado el esmero de los Profesores á par de la aplicacion y noble estímulo de los alumnos. Y habiéndose hecho general ostentacion de los adelantos en toda clase de asignaturas, el Catedrático de la de Literatura é Historia (tercer año de Instituciones filosóficas), que lo es el Dr. D. Mariano Martínez de Robledo, para star á conocer en el teatro académico las disposiciones de la juventud que está á su cargo, confió la presidencia y direccion de este acto á su Sustituto el Br. D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, y nombró para sustentar al alumno D. Juan Alvarez de Sotomayor, y para objetar á los sobresalientes discípulos D. José de los Ríos, D. Juan Martínez de Carrasco, D. Francisco de Paula Pascual, y D. José de Castro y Serrano. El desembarazo y claridad admirables con que por primera vez fueron agstadas ante una concurrencia numerosa é imponente las cuestiones mas curiosas de bellas letras, no pudo ménos de escitar la admiracion de los espectadores, y de coronar las esparanzas de los padres y maestros.

Las bellas letras, como las bellas artes, debieron su origen al deseo natural de los hombres de genio de captarse el aprecio de sus semejantes, llamándoles la atención con la novedad, y escitando su placer con las descripciones animadas de las perspectivas de la naturaleza.

Es indudable que las chozas precedieron á los edificios, y que una simple cabaña dió abrigo al hombre ántes que éste pudiese lograr las conveniencias de una mansion bien dispuesta y distribuida. Edificios de humilde arquitectura antecedieron á los templos magníficos; y una y otra observacion sobre la comodidad y buenas proporciones, sobre la oportunidad y elegancia de los adornos, dieron margen á las reglas que ya en el siglo de Pericles elevaron este arte á un punto admirable.

Debió del propio modo preceder, con la formacion del lenguaje, la relacion desaliñada y sucinta de algunos hechos ú objetos, á las historias y á las sublimes descripciones, ya de acontecimientos positivos, ya de bellezas fantásticas é ideales. Pero desde el instante en que empezaron los hombres á estudiar los tesoros de la naturaleza, aparecieron genios dotados de una imaginacion de fuego y de un espíritu creador, los cuales, produciendo siempre nuevas y preciosas obras, que han sido el encanto de las generaciones siguientes, han dado ocasion á estas para que mediten sobre las causas del placer que experimentamos con unos objetos, y del de sagrado que otros nos ocasionan.

La facultad de experimentar estas sensaciones es lo que en literatura se entiende por *gusto*; bien así como á las reglas generales, deducidas de las particulares observaciones que sirven para distinguir las verdaderas bellezas de los defectos de una obra, llama-



mos crítica. Por consiguiente estas reglas, emanadas de la experiencia, no han podido preceder á los hechos sobre que recaen; y solo una meditacion profunda sobre los mismos nos condujera á conocer su conformidad ú oposicion con la naturaleza, su verosimilitud y regularidad de proporciones, ó la falta de alguna de estas circunstancias; que es lo que constituye las bellezas y defectos.

Solo hablando impropriamente se puede dar el nombre de creaciones á las obras de ingenio; porque todas ellas deben llevar el sello del modelo de que son tomadas. Así es que aun los monstruos que una imaginacion estraviada finge en sus delirios, se componen necesariamente de partes de la naturaleza, á la cual debe siempre seguir é imitar el genio, no pudiendo ni crearla ni destruirla: de manera que ninguna produccion agrada si carece de verosimilitud. Y si las leyes de esta misma naturaleza son constantes é inmutables, ¿la observacion continua de ellas no debe dar otras de experiencia segura, y por consiguiente de verdad? Cuando el capricho forma de partes heterogéneas un todo contrario á las leyes naturales, degradando un modelo tan sublime, solo puede atraerse la repugnancia ó el desprecio. Los límites de esta imitacion ni son tan mezquinos como se ha creído, ni tan amplios que se puedan traspasar impunemente. Hay una barrera: el que la traspasa, queriendo fabricar un mundo, solo produce un caos tenebroso, y anhelando excitar placer, causa desabrimiento y hastio.

Un genio elevado, aunque no cuente con una erudicion esquisita, puede inventar de tal modo que sus composiciones sean no solo agradables, sino conformes con las reglas mas importantes de la crítica, y lo que es mas, aun útiles para deducirlas. A nosotros no han llegado datos ningunos para suponer enterado á Homero en ningun sistema de arte poética; y sin embargo en fuerza de su genio, compuso una historia regular en verso, que las edades sucesivas han admirado. Un detenido y maduro ecsámen sobre la práctica adoptada por el mismo, y que siguieron Sófocles, Euripides y otros, aunque en obras de distinta naturaleza, dieron lugar á las reglas de Aristóteles respecto á la unidad de accion en las composiciones épicas y dramáticas: reglas que no fueron descubiertas por una série de racionios lógicos, y aplicadas despues á la poesia, sino que las halló la observacion constante del placer que nos causa el relato de una accion completa y única; sensacion tan distinta de la que experimentamos cuando se nos refiere un conjunto de sucesos incompletos é inconexos.

Lo mismo que por la parte ideológica, ha sucedido á las com-

posiciones por la del lenguaje. Y nó hay quien ignore que en la época en que florecieron los Leones, los Granadas, los Avilas, los Cervantes, y esa multitud de insignes escritores que hoy mismo nos sirven de modelo del estilo correcto y dición para y castiza, no habia escrita ninguna gramática castellana que prescribiese las reglas tales como se encuentran guardadas en las obras de aquellos grandes hombres. La meditacion mas constante sobre los mejores escritos de la antigüedad y sobre los objetos de la naturaleza, un tacto fino, y un oido delicado, fueron la guia de varones tan célebres. Pero el genio es como la tierra, que necesita de siembra y de cultivo para producir, y cuyos frutos corresponden siempre á la calidad de la semilla que se enterró en los surcos. Los talentos que á su siglo dieran el renombre de dorado, bebieron en las mas puras fuentes de la antigüedad el gusto y correccion con que se distinguen. Acaso el poeta griego, al producir el primer poema del mundo, dotado de un genio extraordinario y singular, contaba con las observaciones y con los adelantos de cien generaciones del oriente.

Las reglas de crítica no inspiran genio á quien la naturaleza no se le ha concedido; y señaladamente sirven para conocer los defectos que conviene evitar. Pero en la aplicacion de ellas debemos ser muy cautos, porque si llevados de un respeto demasiado profundo hácia los grandes hombres, nos persuadiésemos de que solo era licito marchar por el camino que ellos trazaron, daríamos en el error de suponer que los limites de la naturaleza son por demas estrechos, y todas las bellezas de un mismo orden. El campo es dilatadísimo, y el genio puede correr en varias direcciones sin tocar á los extremos por donde se extravie. Y no se conceptue este un argumento contra la crítica. Pues se distingue bueno y malo en el orden de las cosas, es indudable que, siendo el hombre limitado é imperfecto, puede sacar un partido muy ventajoso de las observaciones sobre las bellezas y defectos de los escritores que le han precedido. Si no existiesen reglas, serian buenas todas las obras del ingenio, y no habria grados en el mérito de ellas: el mismo seria el de un coplero que el del poeta latino.

Los escritores de imaginacion reducida y pobre son los que, faltos de inspiraciones propias, se proponen seguir un solo modelo; y por no saber discernir de los estravios los rasgos de verdadero mérito, corrompen la literatura y llegan á deslucir su siglo. Testigos los contemporáneos de aquel genio colosal, del famo-

so Góngora, los cuales, destituidos de vigor para seguirle en su atrevido vuelo, deslumbrados con las infinitas bellezas y felices destellos de la imaginacion del poeta, creyeron imitarle usando en sus composiciones de un estilo hinchado, hojarasqueño, oscuro y lleno de afectacion; defectos que ajan muchas de las obras de aquel célebre autor. De esta imitacion indiscreta y de la falta de una sana critica provino la decadencia de nuestra literatura, nada menos que por el espacio de dos siglos.

El buen critico no debe juzgar únicamente por reglas: debe hacerlo ademas por sus propios sentimientos, consultando á la naturaleza. Pues si bien el estudio de los autores clásicos puede amaestrarle para distinguir lo bueno de lo malo, lo correcto de lo incorrecto; es imposible que le presente los diversos casos, ni aun los diversos rumbos por donde un genio fecundo puede correr trazando nuevos y magníficos cuadros que seran consultados despues como modelos. El genio, amaestrado por la lectura y la observacion, se descubre de una manera tan sorprendente en Lope de Vega, Calderon, Tirso de Molina, y otros cuyas composiciones son un tesoro de invencion, de gracia y de originalidad, que, á pesar de los defectos que las deslucen, de la diferencia de costumbres entre su siglo y el nuestro, y de las revoluciones que ha experimentado el arte dramático, todavía se leen y se ven representadas con placer y aun con entusiasmo. Al recordar los nombres de españoles tan eminentes, no puede ménos de lastimar nuestra alma una triste y azarosa reflexion. Los extranjeros que en aquella época se hallaban tan atrasados en literatura y tan inferiores á nuestros poetas, han cultivado despues las letras con tanto ahinco, que indudablemente han conseguido grandes ventajas sobre nosotros; empero, aprovechándose de nuestras mejores obras, han tenido la ingratitude de vituperar á sus autores! ¿Que alma generosa y noble levanta el monumento de su gloria sobre el menosprecio y vilipendio del que le dió la mano para subir al templo de la inmortalidad?

Pero ya es tiempo de volver á nuestro propósito. Puede ciertamente (ha dicho alguno) asegurarse que solamente los griegos fueron originales en todos sus obras, y los inventores de las bellas artes. Y este aserto se robustece cotejando la educacion que recibia aquella juventud con la que recibe la actual. Nuestra ambicion ha sido por algunos siglos formarnos hábiles imitadores de los antiguos modelos. En nuestras verdes años solo hemos cultivado la memoria: la imaginacion, y tal vez el juicio, los hemos

tenido ociosos en la época de su energía y de su vigor, y dedicándonos á estudios contradictorios, ansiamos aparecer eruditos en todos los diversos y complicados ramos del humano saber. Los momentos preciosos que nosotros hemos consumido en gastar los resortes del genio, los empleaban los helenos en la observacion de la naturaleza. Homero para pintar una tempestad, la copiaba de la que estallaba á su visita en el mar Egæo: Apelles esculpía una Venus teniendo ante sus ojos las esbeltas formas de la gentil Laide y de las mas hermosas cortesanas. No ofuscada la memoria, la imaginacion crecía en galas y en fuerza: no distraida la mente con minuciosas investigaciones, se encontraba mas lozana para dedicarse al objeto elegido: no siendo excesiva la lectura, tenia mas lugar la reflexion; y estudiando en la naturaleza misma, y no en las afecciones de los otros hombres, las imagenes debian ser precisamente mucho mas vivas y exactas. ¡ Cuantos oradores y poetas faltaron desde el momento en que aparecieron las reglas aristotélicas! Las ideas generosas y los pensamientos sublimes se envilecen por las leyes que otro nos quiere imponer. Sin embargo existen verdaderas y respetables leyes: su utilidad es de suma importancia: su número es y debe ser corto: su autor la naturaleza: su promulgacion el sentimiento de todos los hombres. ¡ Que pocas veces se alucina la opinion pública, cuando juzga las obras antiguas!

La escuela estrangera, y con especialidad la francesa, generalmente sistemática y caprichosa en todos los géneros del saber, estableció unas reglas de crítica tan estrechas que por algunos siglos han encadenado sus mejores talentos. Su sistema unitario, establecido por Aristóteles, imponía trabas que han obligado á veces á muchos autores, observadores serviles de estas reglas, á deslucir sus mas bellas obras. ¿ Quién negará que la unidad de accion es de suma importancia, de necesidad absoluta en las composiciones épica y dramática? y sin embargo admite episodios. Pero la de tiempo puede tener una estension mayor que la que se le concedía, sin que el lector ó espectador se ofendan, y sin que decaiga el interés que le escitan ni el placer que le causan. Otro tanto sucede con la unidad de lugar; pues ninguna violencia cuesta, ninguna repugnancia se halla en trasportar nuestra imaginacion en pos del objeto que la ocupa. El clasicismo, ó la estricta y religiosa observancia de las arbitrarias reglas de la crítica, ha disminuido el buen efecto de sus producciones con la monotonía á que las sujetaba; y este perpetuo y duro freno ha sido causa de que, una vez roto, el

romanticismo, cual la avenida de un torrente impetuoso, haya traspasado todos los límites.

La nueva escuela creada por Victor Hugo y Alejandro Dumas, dando á las composiciones teatrales un movimiento y una actividad que ya les eran estrañas, ha causado en la literatura un trastorno tal que sus discípulos deslumbrados cual los de Góngora con la novedad que se les ofrecia, han llegado á creer (y aun nos lo tratan de persuadir) que estas son las únicas verdaderas bellezas: y, por desgracia del siglo, vemos que tales sectarios cifran todo su saber en multiplicarnos las escenas de horror, de desmoralizacion y de extravagancia, representándonos en menos de tres horas un hacinamiento de iniquidades y de acontecimientos de mas de treinta años, ocurridos á veces en los puntos mas distantes de nuestro globo, sin ser por esto mas indulgentes con el gran Lope de Vega.

Yo, Señores. liberal en literatura tanto como en política, estoy convencido de que todos los sistemas que son capaces de crear los hombres dotados de verdadero y esplendente ingenio pueden conducir al acierto, y de que en bellas letras (*)

„*Tous les genres son bons hors les genres ennuyeux.*”
Es decir: todos los géneros son buenos, excepto los enfadosos.

De lo dicho hasta aquí se deduce = 1.^o Que las reglas de verdadera critica no se forman por una serie de racionios abstractos, independientes de los hechos y de las observaciones, sino que se fundan enteramente en la esperiencia. 2.^o Que tales reglas no apocan la nativa libertad del genio, ni imponen lazos y cadenas á los escritores; ántes bien les muestran el buen sendero y los mas bellos modelos de la naturaleza. 3.^o Que el buen crítico no juzga únicamente por reglas; sino tambien por sentimientos, perfeccionados ántes por el estudio de aquellas.

(*) *Boileau. Art. Poet.*